

Entrevista a Fernando Charry Lara*

Samuel Serrano

—*Como se ha dicho tantas veces, los poetas no tienen biografía, ya que su biografía son sus versos. Sin embargo, hay momentos importantes en su vida que es necesario comentar para contribuir a la interpretación de sus poemas. En su caso personal me gustaría que me comentara cómo vivió una experiencia que considero capital en su poesía; el encuentro con el mar, primero a través de un poema de Charles Baudelaire «El hombre y el mar», y luego de forma material durante un viaje realizado a la costa atlántica colombiana.*

—Pienso que haces bien en mencionar ese soneto de Charles Baudelaire porque yo creo, aunque sea la vieja fórmula romántica, que existe un vínculo muy estrecho entre vida y poesía, ya que la poesía es ante todo la expresión de la experiencia humana, de manera que nada de lo que llega a la vida del hombre puede ser extraño a la poesía. Leí por primera vez *Las flores del mal* en francés a la edad de 19 años, siguiendo las recomendaciones de un poeta mayor amigo mío, Aurelio Arturo, que me aconsejó acercarme a sus páginas y, tal como señala Baudelaire, sentí que el mar era espejo del hombre, un vasto y complejo universo de intuiciones, sentimientos y sensaciones que resulta difícil de expresar, idea que vería corroborada más tarde cuando, atendiendo a la invitación de mi hermano que vivía en Barranquilla, tuve la oportunidad de viajar a la costa atlántica y conocer el mar.

El viaje en aquel tiempo por el río Magdalena era maravilloso; se partía de Puerto Salgar en Cundinamarca y luego de seis días de recorrido por un paisaje cargado de belleza tropical se llegaba al puerto de Barranquilla. Recuerdo que en ese viaje tuve la oportunidad de conocer y trabar amistad con el poeta ultraísta español Pérez Domenech que había llegado a Barranquilla en el exilio español de 1936, y trabajaba en esa ciudad como profesor de literatura, así que mi encuentro con el mar

* Fernando Charry Lara falleció en Bogotá el pasado mes de julio. Esta es su última entrevista.

ha quedado asociado en mi memoria no sólo a la poesía sino también, y quizás extrañamente, a las vanguardias españolas.

—*Otro momento de su vida que me gustaría nos comentara es el de su primer viaje a Europa, que si no me equivoco ocurre en 1964. ¿Qué ciudades visita en esa oportunidad y a quiénes conoce?*

—Vine a Europa por primera vez en funciones de la filial colombiana de la multinacional Nestlé para la que trabajaba como abogado, y el encuentro más importante que tuve en esa oportunidad fue con Vicente Aleixandre, a quien visité aquí en Madrid en su casa de la calle Velintonia 3, que creo que ahora lleva su nombre.

Mi encuentro con Aleixandre se produjo gracias a una conferencia que dentro de un ciclo titulado «Cuatro poetas del siglo XX», que incluía los nombres de Antonio Machado, Paul Valéry, Rilke y el mismo Aleixandre, tuve la oportunidad de dictar en la Universidad Nacional sobre su obra.

Se trataba en ese momento de una conferencia quizás no muy profunda, pero eso sí hecha con mucho entusiasmo y mucho amor, que luego le remití por correo y esto permitió que estableciéramos una afectuosa correspondencia, de tal manera que cuando llegué a su casa ya éramos conocidos. Aleixandre era un hombre muy cálido que tenía profundo interés por la experiencia humana, por el amor y recuerdo, que en esa primera entrevista más que de poesía hablamos incluso de tipos de mujeres. Él ya tenía noticia de la belleza de las mujeres colombianas y me pidió información muy minuciosa sobre los tipos de belleza femenina que existían en las distintas regiones del país, especialmente quería saber cómo eran las caleñas y las pereiranas.

—*¿Cómo se produjo su encuentro con la poesía española?*

—Mi encuentro con la poesía española se produjo muy temprano, a través de una antología de José María Souvirón que encontré en el bachillerato. Luego en la Biblioteca Nacional de Colombia frecuenté la antología de Gerardo Diego, pero el texto que finalmente terminó convirtiéndose en mi libro de cabecera fue la antología *Laurel*, editada en México por la editorial Séneca, que dirigía José Bergamín y que pienso que se trata de la antología más rigurosa que se ha editado en lengua española con voces de las dos orillas. En su preparación participaron dos poetas españoles, Emilio Prados y Juan Gil Albert, y dos mexicanos, Xavier Villaurrutia y Octavio Paz. Aunque el que se responsabili-

zó totalmente de su publicación fue el notable poeta mexicano Xavier Villaurrutia, quien era un espíritu muy fino, muy agudo y penetrante tanto en sus propios poemas como en los bellos ensayos que escribía sobre la poesía, especialmente el que sirve de prólogo a esa antología y el ensayo sobre Ramón López Velarde, que nos reveló en su momento a ese extraordinario poeta mexicano de comienzos del siglo XX.

—¿Cómo fue su relación con otros de los poetas de la generación del 27, como Pedro Salinas, Jorge Guillén y Luis Cernuda?

—A Pedro Salinas lo conocí en 1944 durante mi época de estudiante en la Universidad Nacional de Colombia, en donde su rector, Gerardo Molina, me había nombrado jefe de extensión cultural. Gerardo Molina fue el rector más brillante y honesto que tuvo esa *alma mater*; era un hombre interesado sinceramente en la cultura y ese interés lo movió a invitar a don Pedro Salinas, que se encontraba en la Universidad John Hopkins en Estados Unidos, para que viniera a dictar durante 15 días unas conferencias en Bogotá, tiempo durante el cual mi trabajo consistió en atenderlo y servirle de cicerone en la ciudad, así que tuve la oportunidad de tratarlo a diario. Era un hombre de una inteligencia y una finura extraordinarias, cualidades que se advierten claramente en su poesía amorosa, no en vano Julián Marías dijo que toda una generación española había aprendido a amar con los versos de Salinas.

Jorge Guillén también nos visitó más tarde. Estuvo durante varios meses dictando unos cursos sobre poesía española, para los cuales recuerdo que yo le facilité los libros que tenía sobre la generación del 27. Era un hombre muy distinguido y de una gran inteligencia y exactitud en sus juicios. A Luis Cernuda, a quien considero el más grande poeta español del siglo XX, lo visité en ciudad de México en 1948, cuando vivía en la calle Tres Cruces, en la casa de Concha Méndez y Paloma Altolaguirre, la esposa y la hija del poeta Manuel Altolaguirre. Había escrito un largo artículo en dos partes sobre la poesía de Cernuda que apareció en el suplemento de *El Tiempo* y esto permitió que estableciéramos contacto, pues le envié mi artículo y a vuelta de correo tuve la grata sorpresa de recibir un ejemplar dedicado de su libro *Como quien espera el alba*.

—Por aquellos años usted publica en Cuadernos Hispanoamericanos un artículo sobre García Lorca y algunos poemas de su primer libro *Nocturno* y otros sueños. ¿Cómo fue su vinculación con la revista en ese momento?

—Mi relación con Félix Grande y con *Cuadernos Hispanoamericanos* se estableció por medio de Carlos Martín, un poeta *Piedracielista* colombiano que trabajaba en aquel tiempo como profesor en la universidad de Utrecht en Holanda, pero venía con frecuencia a Madrid por tener un hijo en esta ciudad. Martín era muy amigo de Luis Rosales y de Félix Grande, con los que nos reunimos en varias oportunidades, en una de las cuales le entregué ese ensayo sobre García Lorca, que apareció publicado en la revista en el año 68.

—*Su vida en Bogotá ha transcurrido entre la cátedra, el ejercicio de la crítica y su propia escritura poética, lo que le ha permitido combinar la reflexión y la creación de una manera constante. ¿Cree que el ejercicio permanente de la crítica puede contribuir a la creación poética o que por el contrario la limita al tornarla demasiado racional obliterando las fuerzas inconscientes que suelen emerger en el poema?*

—La crítica es un complemento de la creación poética ya que la crítica puede ser otra forma de hacer poesía; por eso quizás los mejores críticos de poesía son precisamente los poetas.

Anteriormente le mencionaba el caso de Xavier Villaurrutia, que era tan buen poeta como prosista y ahora recuerdo una sentencia de Wallace Stevens que dice «el tema del poema es siempre la poesía». De manera que las consideraciones sobre la poesía forman parte de la poesía. Baudelaire afirmaba tener lástima de los poetas que son simplemente poetas y no tienen capacidad para juzgar la poesía. De igual manera, puedo decirle que desconfío de esa crítica universitaria y académica que se hace de la poesía, ya que se basa en un racionalismo pedante que no penetra realmente en la verdadera atmósfera poética.

—*Vicente Aleixandre habla en el prólogo de la obsesión de la noche que se advierte en su poesía. ¿Puede relacionarse esa fijación con la obsesión de lo imposible que aparece en la poesía de Silva?*

—Bueno, creo que son cosas diferentes. La obsesión por lo imposible en Silva es una obsesión eminentemente simbolista, porque la poesía simbolista aspiró siempre a expresar lo inefable, en cambio la obsesión de la noche que se advierte en esos *Nocturnos* y en otros poemas míos es una obsesión por algo más concreto y tangible. La noche es el tiempo en el cual uno más se encuentra consigo mismo, porque en la soledad, en el silencio, es cuando uno mejor puede dialogar con su alma. La noche es también sinónimo del misterio, de la mujer y de la urgencia amorosa.